

# El menor de los males

Ion Arretxe

**A** principios de los setenta se puso de moda cierta canción. Tan popular se hizo, que los niños y niñas de entonces nos esforzábamos en aprender a tocarla con la flauta, instrumento imprescindible en la educación artística de aquella época.

Yo mismo escribí en mi cuaderno la sucesión de notas que la componían (mi-la-sol... la-si-do... si-do-re-mi...) bajo el epígrafe florido, en mayúsculas y churriguerescamente subrayado, de su rimbombante título: *El Conde Orpasa*.

Eran tiempos en los que en las escuelas, además de asesinar canciones con los pitidos amargos de nuestras flautas dulces, recitábamos de memoria engoladas poesías y viejos romances.

Por entre las páginas de nuestros libros de lectura madrugaba el Conde Olinos, mañanita de San Juan, y campaban a sus anchas, en las estrecheces de los versos octosílabos, el Conde Arnaldo, el Conde Niño y otros ilustres personajes.

Digo esto para que el lector entienda mi relación fluida y familiar con la nobleza, relación que se iba a estrechar más si cabe con la aparición del conde que daba nombre a la canción.

No sé si era frecuente o no este nombre de Orpasa entre los miembros de la aristocracia. Entre los mortales del pueblo llano, yo no lo había escuchado jamás.

Posiblemente nuestro conde gobernase en tierras del sur de América. Lo deduje, más que nada, por cierto aire peruano que respiraba la canción, la cual, en ciertos pasajes y en el estribillo, conseguía evocar

el majestuoso y silencioso vuelo de las grandes rapaces sobre roquedales de las cumbres andinas.

Algunos años más tarde, mi hermano mayor compró un vinilo: *Puente sobre aguas turbulentas*. Ahí estaba nuestra famosa canción, en el segundo corte de la cara A: *El cóndor pasa*, de Simon and Garfunkel.



La señorita Mari Carmen nos preguntó en clase si alguno de nosotros tenía la costumbre de tomar vino en casa, y bien porque yo estaba sentado en la penúltima fila, o bien porque yo casi nunca me enteraba de nada, en vez de "vino" entendí "pino".

¿Tomar pino en las comidas? Puaj, pensé yo.

Levantaron la mano tres o cuatro.

La señorita Mari Carmen se enfadó muchísimo con ellos, les soltó un sermón sobre lo perjudicial del pino para el crecimiento de las personas y sobre los daños irreversibles que provocaba en el cerebro de los niños, y les dijo que hablaría muy seriamente con sus padres.

Era lo menos que podía hacer.

Porque tomando pino en las comidas, y también en las cenas, como reconoció Madinabeitia que hacía él en su casa, en poco tiempo iban a acabar deforestando los maltrechos bosques de la comarca.



Domingo de regatas en la Concha.

Como cada año, fui con mis padres y mis hermanos a verlas desde el monte Urgull. Nuestra atalaya solamente nos garantizaba una perfecta visión de la salida y la llegada de las traineras. Para seguir el emocionante desarrollo de la contienda en alta mar y la pericia de los patronos para maniobrar la embarcación dando un giro de 180 grados en la ciaboga, disponíamos, como todas las familias guipuzcoanas, de unos prismáticos cuyo uso estaba reservado al aita, y de un pequeño transistor a pilas.

Así, lo que no alcanzábamos a distinguir con la vista nos lo contaba el locutor por las ondas.

Apenas faltaban unos minutos para que comenzase la primera manga.

Algunos yates hacían maniobras para despejar el campo de regatas y dejaban una estela de galipot y de espuma tras de sí.

De repente, todos los que llevaba prismáticos, incluido mi aita, empezaron a pitar y a gritar en un sonoro abucheo. Se oyeron también algunos aplausos. Pocos, pero se oyeron.

¿Qué pasa, Miguel? —preguntó la ama, tan desconcertada como lo estábamos los demás.

Nada. Que ha venido Franco.

Yo entendí que había venido “Blanco”, un vecino nuestro del portal de al lado que se apellidaba así.

Sí que se enfadaba la gente por tan poca cosa, pensé.

Y también pensé que por qué no podía venir nuestro vecino a ver las regatas, como todo quisque, sin que nadie le abucheara.

Desde la cubierta del Azor, vestido con un trajecito de primera comunión, un viejo saludaba al infinito, moviendo mecánicamente su mano enfundada en un guante inmaculado.



La canción, que sonaba una y otra vez en los autos de choque, decía: a tu lado voy, a tu lado voy... Siempre junto a ti, siempre junto a ti...

En vez de “a tu lado” yo entendía “atulado”, así, todo junto, como si fuera el participio del verbo “atular”.

Para mí, ir atulado era sinónimo de ir atollado, atontado, aturdido, como consecuencia, claro está, de estar siempre junto a ella.

¡Hay que ver lo atulado que estaba yo en aquella época!

Y eso, Ana Esmeralda, que todavía no te había conocido.



Me contó el tío Godo que la primera vez que fue a Bilbao, por un asunto de vender unas tierras, quiso cumplir uno de los sueños que tenía desde su tierna infancia en la aldea riojana donde se crió: ver una película en cinemascopio.

Eligió para tal ocasión el Coliseo Albia que, al menos por el nombre, sonaba a gloria bendita.

Sacó su entrada en la taquilla y se puso a la cola como uno más.

Justo delante de él había dos chicas jóvenes. Según avanzaba la fila y se acercaban al portero, le decía una a la otra:

Nosotras, como somos dos, tenemos que entrar por la puerta de los PARES.

Así que a mí, como vengo solo, me corresponde la puerta de los IMPARES —dedujo rápidamente el tío Godo aprendiendo con diligencia los usos y costumbres de la capital.



Y así hizo.

Nada más atravesar el umbral, el acomodador lo interceptó, linterna en mano, para acompañarle hasta su asiento. Le pidió la entrada, y según la vio, le dijo que se había equivocado de puerta y le indicó que su butaca estaba justo al otro lado del pasillo central, donde los PARES.

El tío Godo le explicó que tal cosa no era posible: él era uno solo, y el número uno toda la vida había sido impar, en Bilbao o en Villarta-Quintana, que era el pequeño pueblo donde él vivía y donde siendo niño aprendió las cuatro reglas.

Al final, el tío Godo se salió con la suya y se sentó en los IMPARES.

Eso sí: se pasó toda la película preguntándose por qué el acomodador no cambiaba de sitio a la pareja que se achuchaba en los asientos contiguos al suyo.

Y no por una cuestión moral, nada de eso, que el tío Godo siempre fue muy liberal, sino por una cuestión puramente matemática.



Aunque el aitona Pontxo apenas hablaba en castellano, se hacía entender muy bien.

Aquella mañana había ido al ayuntamiento para reclamar un recibo de la contribución cuya cuantía él consideraba exagerada.

Como su interlocutor, un vecino suyo de toda la vida que ostentaba desde hacía pocos meses el cargo de interventor, no atendía a razones, así mismo le dijo el aitona:

Aunque la mona se vista... tú... siempre... ¡nunca!



Me costaba entender la extraña relación entre las habilidades necesarias para desempeñar el oficio más difícil del mundo: el de afilador.

¿Por qué además de sacar filo a cuchillos y tijeras, deslizándolos sobre la chirriante piedra, tenía que saber música?

Me maravillaba cada vez que se llenaba la calle con las notas de su ocarina (do- re- mi- fa- sol- la- si- do...), precediendo su grito de guerra: ¡Afilador, afilador!

Soy entendido en malentendidos. No me malentiendan. Soy uno de los mayores entendidos en pequeños malentendidos y en grandes males menores por eso puedo decir, no se lo tomen a mal, que hay males menores tan menores que no parecen ni males. Males en los que ser menores es el mayor de sus males. Males menores que no pasan a mayores. ¡menos mal! Y a menos mal, mayor bien.

¡Bien por los males menores!

A veces, muchas veces, me pregunto si nos hacen algún bien los males: los males menores sí, nos hacen bien, mucho bien. También nos hacen gracia, mucha gracia.

Se lo digo yo que soy entendido en grandes malentendidos y pequeños males menores, y éste, probablemente, sea el menor de mis males.

